

QUITO CASA ADENTRO

narrado por mujeres

María Cuvi Sánchez, editora

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde Metropolitano de Quito

LUCÍA DURÁN SOLÍS
Secretaria de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

GUIDO DÍAZ NAVARRETE
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL

Coordinación editorial: Alfonso Ortiz Crespo

Cuidado de la edición: Paquita Troya Fernández

Foto de portada e interiores: Christoph Hirtz
Retratos de estudio originales: J. di Donato, Foto López, Foto Pazmiño, Foto Salazar, R. Garzón, Joaquín M. Loor, Benjamín Rivadeneira, C. L. Rivadeneira, Carlos S. Rivadeneira, B. Rivadeneira e hijo Studio, M. Wenverow.

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593 -2) 2 584-961 / 2 584-962
Comercialización: Verónica Ortiz
Calle Morales E9-25 (La Ronda) y Guayaquil
Telf.: (593 2) 2 282-263

Director de diseño: Rómulo Moya Peralta, TRAMA DISEÑO
Dirección de arte: Meliza de Naranjo, TRAMA DISEÑO

NOCIÓN IMPRENTA
Quito – Ecuador
Telfs.: (593-2) 2 334 2205

Número de ejemplares: 1000

© 2009 María Cuvi Sánchez

© De esta edición FONSAL

Primera edición

Impreso en el Ecuador, 2009

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

Registro derecho de autor: 031304

ISBN: 978-9978-366-19-6

305.4
C988q

Cuvi Sánchez, María, editora

Quito casa adentro narrado por mujeres / María Cuvi Sánchez. Quito:

FONSAL, 2009.

372 p., ilus., fotos

Bibliografía: p. 342-343

Prólogo de Álvaro Alemán

ISBN: 978-9978-366-19-6

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES. 2. QUITO – VIDA Y COSTUMBRES.

3. CULTURA. 4. ESTRUCTURA SOCIAL. 5. PATRIARCADO.

I. Ana Egas de Moreno. II. Rosario Mena de Barrera. III. Mireya Salgado de

Fernández. IV. Carmen Sánchez de Jarrín. V. Alicia Troya de Kennedy. VI.

Bertha Wray de Terán.

ÍNDICE

Prólogo	xi
Agradecimientos	xviii
Introducción	1
Mireya Salgado de Fernández: Me hubiera encantado ser médico	16
Rosario Mena de Barrera: Yo soy lampreadita	70
Ana Egas de Moreno: La buena cocinera se acomoda a todas las circunstancias	126
Bertha Wray de Terán: Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería	174
Alicia Troya de Kennedy: Buena cocinera no soy, para disponer soy buenísima	234
Carmen Sánchez de Jarrín: Yo pinto con hilos	288
Inventos del siglo XX que facilitaron el trabajo del ama de casa	341
Bibliografía	342
El Fondo de Salvamento y su programa editorial	345



Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería

La tarde en que nos conocimos narró durante 120 minutos, con pocas interrupciones y con la soltura propia de quien ha cultivado el oficio de contar. Sentada en un sillón de brazos en la espaciosa sala de su linda casa, dueña de sí misma nos mantuvo escuchándola, silenciosos y cautivados con su historia, a su sobrino Norman que con su hijo pequeño habían ido a visitarla, a Marilú Calisto que me acompañó, y a mí que me había sentado más cerca de ella, para vigilar que la grabadora hiciera bien lo suyo. El escenario se prestaba. Era una tarde de verano, despejada y luminosa. Frente a Berthita, al fondo de la sala, detrás del ventanal, se extendía un gran jardín donde diferentes tonos de verde se mezclaban con los vivos colores de las flores entre ellas las buganvillas rojas, rosadas, moradas, lilas, blancas. A los lejos, en el cielo se dibujaban los perfiles de los edificios de la González Suárez y más arriba aún, el Pichincha.

Fue Patricia Calisto, hermana de Marilú y mi compañera de curso en el colegio de las monjas mercedarias, quien nos sugirió que la entrevistáramos, pues Berthita era su maestra de cocina, lo cual es mucho decir, ya que Patricia es una eximia cocinera. Marilú me acompañó para abrirme el camino, establecer los lazos entre familias, y sentar la confianza.

Nos conocimos esa tarde. Sobria y distante escuchó la explicación que le dí sobre la investigación que estaba haciendo para el FONSAL, y por qué quería entrevistarla. Nos contó que al día siguiente se casaba una sobrina nieta y que ella estaba a cargo de uno de los arreglos de flores. También, que en las próximas semanas la operarían de cataratas. Entendí muy bien que tenía poco tiempo.

Una infancia poblada de historias

—¿Cuál es el recuerdo más grato y más antiguo que usted tiene de su infancia? —pregunto sin más.

—Mi papá —responde enseguida y sin sombra de duda. Era muy aficionado a las fotografías y nos tomaba fotos. Por él hemos vivido la vida a través de sus fotos. Tengo una con mi papá, mi mamá y mis nueve hermanos. No sé si ustedes tuvieron una familia larga, pero en mi casa se combinaban las exageraciones de mis papás, con esa educación tan rígida que nos dieron, con una vida entre hermanos llena de alegría, de respaldo, de buscar la gracia en cada cosa. Papá nació en 1874 en Inglaterra, Newcastle. En la marina fue capitán de barco, ingeniero y dio la vuelta al mundo una vez. Después estuvo trabajando en las minas de Río Tinto en España. Con su *chaupi* español, entendía y se daba a entender. Mis papás se casaron en el año 1911. Fuimos diez hermanos, cinco hombres y cinco mujeres. Mi hermana mayor nació en 1912 y la última en 1936. Yo nací en 1927. Soy la octava de mis hermanos. Ahora solo vivimos mi hermana Lucy, que está radicada en los Estados Unidos y yo. Así es que a mí me ha tocado enterrar a mis papás, a mi esposo, a ochos hermanos y seis cuñados.

Atrapada desde este momento en una prometedora historia de viajes y aventuras pregunto:

—Cómo así llegó su papá a Quito—.

—En los años de 1907 u 8 querían instalar la luz eléctrica en Quito. Una compañía americana buscaba un ingeniero que hablara español porque hace cien años no había quien hable inglés en Quito. Con el español que sabía mi papá (Norman Wray), esa compañía le contrató. Vino a planear la instalación de la electricidad y se quedó para siempre en el Ecuador.¹⁷ Contaba papá que en ese tiempo no había transporte, se trajo dos yeguas inglesas y con esas recorrió las partes del norte y sur de Quito hasta que encontró el cauce del río Pita, lo encausó e hizo un gran reservorio para

¹⁷ El historiador Juan Paz y Miño cuenta que en 1897 "se inauguró en Quito el alumbrado público, a cargo de 'La Eléctrica', empresa promovida por Manuel Jijón, Vicente Urrutia y Víctor G. Gangotena. En 1904 sustituyó a esa empresa la anglo-norteamericana 'The Quito Electric Light & Power Company (...)' gerenciada por James Gillespie y Vicente Urrutia, y, a partir de 1907, por Norman V. Wray, un ingeniero eléctrico que se quedó a vivir en el país. Diario El Comercio (Quito), sábado 26 de julio de 2008, Cuaderno 2, p. 19.

instalar los motores hidráulicos que darían luz a la ciudad. Papá nos contaba cómo era la vida cuando llegó a Quito, decía que se acaba en La Alameda y que no se podía caminar por las calles pasadas las seis de la tarde.

Aprovecho el breve silencio que hace para preguntarle por qué. Jamás hubiera esperado la respuesta que me dio.

—Como no había servicios higiénicos, la gente tiraba desde los balcones... Se ocupaban bacinillas. Algunas familias desocupaban esas bacinillas en grandes pondos de barro que dejaban los *capariches*. Mamá contaba que el *capariche* venía todas las mañanas, dejaba un pondo limpio, cargaba el sucio e iba a desocuparlo en el Machángara, que era el servicio higiénico de Quito. Papá instaló los tranvías. Antes sólo existía el coche para la movilidad. Las gentes venían hasta Cumbayá en coche. Según las historias de mi mamá, había los dos puentes que hasta ahora cruzamos para llegar acá, a Cumbayá, donde decían que había un asaltante, no recuerdo el nombre, que asaltaba los coches en la noche. Todos se movilizaban en coche. Por ejemplo mi suegro viajaba a su hacienda a caballo desde Ibarra, los dos hermanos de mi marido que estudiaban en la universidad en Quito venían a caballo. Mi marido nació en 1914. Papá contaba que cuando puso los tranvías, como la gente no estaba acostumbrada a esa vibración pensaba que las casas se iban a caer. Papá les explicaba que no iba a pasar nada. Él me decía: "*Baby*, yo conozco Quito por dentro, es pura quebrada." Él se metió a esas quebradas para saber si el peso del tranvía iba a afectar en algo. El año que comenzó a funcionar el recorrido empezaba en Chimbacalle y terminaba en la Colón.

En la siguiente pausa aprovecho para añadir el imprescindible ingrediente romántico a la narración.

—¿Dónde se conocieron su papá con su mamá?

—Había una monjita inglesa en el Buen Pastor. Mi mamá estaba ahí creo que con la idea de hacerse monja. Había entrado después de haber terminado el colegio. Ahí le conoció mi papá porque de las pocas, contadísimas personas que hablaban inglés en Quito, una era esa monjita junto con dos o tres americanos que estaban construyendo el ferrocarril. Seguramente le vio a mi mamá y se enamoró. Mamá era un poco reacia y tenía esas cosas de monjitas con las que nos educó a nosotros. Hace 80 años la libertad y esas cosas que se ven ahora... ¡Ni por mal pensamiento!

Una mezcla de lenguas, costumbres y sabores

—Yo nací en la casa de la Vargas 85, justo al lado de la Plaza Arenas. Esa casa era propia de mis papás, ellos la habían comprado. Tenía un jardín pequeño que daba a la calle con unas dos palmeras de coco en la mitad. Detrás había un espacio muy grande, un parque. En la planta eléctrica que papá construyó en San Francisco, en Chillo, había una laguna muy grande. Él hizo allí una casa adonde nos llevaba a pasar vacaciones. Dos veces nos llevaron a Salinas de vacaciones cuando todavía había el autoferro. Fuimos cargando todo lo que ustedes se imaginen, colchones, cobijas, ollas, habían alquilado una villa. Nos fuimos en el tren, dormimos en Riobamba y al día siguiente salimos para Guayaquil, dormimos una noche y al día siguiente cogimos al autoferro a Salinas. Las cosas llegaron antes que nosotros. Tenía entonces trece años.

—¿Fue esa fue la primera vez que vio el mar?

Me responde con un breve sí y prosigue la narración sin inmutarse.

—Mi mamá era la que se ocupaba mucho de la casa. En la noche se sentaba en la cama con una montonera de medias del colegio, unas negras horrosas que se rompían y ella las zurcía. Mi papá estaba pendiente de las noticias de la radio, había que esperar que él terminara de oírlas para ir a rezar el rosario y después a merendar. Desde que yo me acuerdo ya había radio en la casa. Mi papá trabajaba en esa compañía americana de electricidad y entonces el primer radio que salió en Estados Unidos teníamos nosotros, era de esos redondos grandes. Mi hermano Marcos, que era muy travieso, cogió un día el radio y le metió a la pila diciendo que los focos de atrás estaban muy calientes.

Reímos todos de buena gana.

—Al final de día mi mamá ya estaba cansada. Papá era el de las ternuras, venía a nuestro cuarto, se sentaba al borde de nuestra cama, nos preguntaba cosas, conversábamos, nos arropaba bien, nos daba un beso. Papá no ayudaba en la casa porque en realidad no tenía tiempo, salía a las ocho de mañana a su trabajo, venía al medio día al almuerzo y a las seis de la tarde estaba otra vez en la casa. Cuando éramos bien chicas, nos llevaba todas las mañanas, a las seis y media a mi hermana y a mí a coger el tranvía y nos dejaba en el portal del Colegio Los Corazones.

—¿Les hablaba en inglés su papá?

—Los últimos hijos ya le cogimos cansado. Mis hermanas mayores sí, pero contaban que cuando iban al Colegio Los Corazones, hace 80 años,

se les burlaban por hablar inglés. A la familia de papá conocimos por fotos. Cada semana le llegaba un paquete de periódicos; me llamaban la atención porque eran rosados. Él nos leía y nos traducía en su medio español, pues nunca aprendió a hablarlo bien. Mamá nos decía: "Ya te voy a dar duro", que es la típica amenaza de las mamás a los hijos. El repetía: "Yo vara dele duro" —y ríe con la mirada llena de recuerdos volviendo la vista hacia Norman y su hijo. Él pensó ir a Inglaterra con mis dos hermanos mayores, Georgina y Marcos. Tenía preparado el viaje, pero no pudieron irse porque estalló la Primera Guerra Mundial. Papá murió añorando a su familia. Recibíamos fotos de las tías, unas mujeres hermosas vestidas con una distinción increíble. Una de las hermanas de mi papá se casó con un hermano del general Montgomery y tuvieron un hijo que llegó a ser gobernador en Kenia cuando todavía era colonia inglesa; en las fotos se veía guapísimo puesto esa boina del ejército inglés. Mi cuñado, Pedro Manuel Maspons, sí le conoció.

En ese momento asocio a Berthita con Elsie Wray y Pedro Manuel, amigos de mis padres y vecinos en Manta. Sin poder contenerme interrumpo su narración sorprendida, esta vez, por mis recuerdos de infancia.

—Entonces usted es tía de Pedro Jorge.

—Sí. Mi hermana fue muy amiga de tu mamá.

Se hace un breve silencio hasta que la narración vuelva a encontrar su curso.

—Mi familia estaba al tanto de todo lo eléctrico, en la casa de mi papá había horno eléctrico porque *La Eléctrica*, donde mi papá trabajaba, traía aparatos *Westinghouse* y *General Electric*, focos, lámparas, radios y hornos. Ese almacén quedaba en la Guayaquil y Sucre bajando frente a la parte trasera del Colegio Los Corazones. Papá decía que el primer baño con servicio higiénico y ducha fue el de mi casa. El agua caliente del baño venía del tanque de agua que estaba al lado de la cocina de leña. A mi mamá se le ocurrió un buen día construir ahí una casa de cuatro pisos en el terreno interior del chalecito de la Vargas. Los planos fueron hechos por un famoso arquitecto ruso para una casa de tres pisos pero mientras construían, mamá alzó uno más. Mi mamá era el sobreestante y el maestro de obras. Yo le oía a mi papá decir: "Elisa, vas a volverme loco con las deudas." Y es que él tenía que educar a 10 hijos y mamá construyendo esa enorme casa. En el internado yo no tenía ni para un lápiz. Me daba una pena de mi papá. Mi mamá decía que los padrecitos le han prestado la plata, que ya le tocaba pagar. Pero al final el arriendo de esos departamentos fue lo que nos sostuvo económicamente cuando murió papá, antes que mamá.

Como ha aludido varias veces al catolicismo, aprovecho para preguntar lo que se me escapó hace un rato, cuando nos contaba sobre el encuentro amoroso entre sus papás.

—¿Era su papá católico como su mamá?

—Mi papá fue anglicano y mi abuelo paterno fue obispo anglicano. Casarse con un hombre que no era católico, hace 100 años en Quito, como lo hizo mi mamá, era inconcebible. Papá, que sabía mucho de religión y de la vida de Cristo, se bautizó y se casó por la Iglesia Católica y era mucho mejor que todos los católicos. A las seis de la mañana, cuando se despertaba, estaba leyendo su librito. Un día le dije: "Papá ¿por qué te cambiaste de religión"— Me respondió: "*Baby* no me he cambiado de religión, su Dios es mi Dios, su Jesucristo es mi Jesucristo Redentor."

El pan hecho en casa

—Cuando vivíamos en la Vargas no había refrigeradora, la cocinera iba todos los días a hacer las compras al mercado de San Blas. Mi mamá salía sólo cuando había algo especial. Recuerdo que en la Guerra de los Cuatro Días nos llevaron a Chillo a esa casita que había construido papá y donde pasábamos vacaciones. Mi hermano Hugo llegó diciendo: "Mamá va a haber revolución". Mamá hizo rápidamente la lista de compras y se fue en carro de alquiler a San Francisco a comprar comida para varios días.

—¿Amasaban pan en la casa? —pregunto recordando que secuestrada por su narración hace rato había olvidado una de las preguntas del librito.

—Mamá amasaba pan, no todos los días, generalmente amasaba en Finados o cuando había alguna cosa especial, o cuando mi papá tenía que hacer dieta con su pan negro. Yo aprendí a hacer pan con mamá. Todos mis nietos han venido a mi casa a hacer las guaguas de pan. Los más grandes hacían sus muñecas, y las más chiquitas, los caballos. En este Finados que pasó recién las bisnietas hicieron las guaguas, la una tiene una gran habilidad para amasar, la otra se dedicó a jugar. Los *queiques*, el pan negro y el jamón eran la dieta de papá. Recuerdo que había una señora alemana que preparaba los jamones y había un indiecito que andaba con su canasta repartiéndolos en las casas. Mi papá tomaba té con leche y sánduche de jamón. Nosotros también tomábamos té con leche.

De Los Corazones al internado del Rumipamba

—Me eduqué en el Colegio Los Corazones de Quito hasta la cuarta segunda. En ese tiempo había la ínfima, la séptima, la sexta, la cuarta primera, la cuarta segunda, la quinta, la sexta y la suprema. Yo estuve seis años en el Colegio del centro y seis años interna en el Rumipamba. Ahí terminé. Me pusieron interna porque el tráfico se volvió complicado en Quito, ya había automóviles y a papá le pareció muy peligroso que fuéramos caminando solas desde la Vargas hasta el Colegio que quedaba en la Plaza de Santo Domingo. Hacíamos cuatro viajes diarios: en la mañana, a la hora de almuerzo, después del almuerzo y al final de la tarde.

—¿Cuáles fueron sus materias predilectas?

—Me gustaba mucho la literatura, también las matemáticas, dos gustos que no coinciden en muchas personas, porque o son matemáticos o les gusta la literatura. Yo leía mucho en el colegio, teníamos una muy buena biblioteca, por cierto que sólo de novelas rosa. Como cosa especial Leticia, una monja que era sicóloga sin haber estudiado y que dio la "suprema" con la sensibilidad de una poetisa, me prestaba los libros de Rafael Pérez y Pérez que era avanzadísimo para ese tiempo. Desde ahí leía y seguí leyendo mucho. En el colegio nos obligaban a hacer resúmenes de tres libros históricos y cuando los entregábamos nos daban la novela. Me gustaban mucho los libros históricos sobre las monarquías europeas, la vida de reyes y reinas, las revoluciones, la Inquisición.

Su narración trae a mi memoria el año escolar que estuve interna en el colegio de las monjas mercedarias, en Quito, y me invade una gran curiosidad de saber qué recuerda con agrado y qué con desagrado. Le pregunto:

—¿Qué buenos recuerdos y qué malos recuerdos tiene del internado? Yo también fui interna en las mercedarias y me gustaría saber sobre su experiencia, porque la mía no fue muy grata.

—Siempre he visto la vida desde el lado positivo. Tengo recuerdos de la convivencia con mis compañeras en una hermandad increíble. Las internas siempre padecemos hambre porque la comida no era muy apetitosa, pero eso era suplido con los que nos mandaban las familias de Quito y las de las internas de provincia. A unas chicas del Carchi les mandaban unos quesos amasados deliciosos.

—Yo sufrí mucho con la comida, fue lo más duro, —le comento al paso para no estropear el tono positivo de su narración.

—Éramos unas dieciocho en la clase, no éramos muchas. Teníamos la costumbre de repartirnos todo. Recuerdo que a una amiga le mandaban unos quesos horripilantes, los *Camembert*, y decíamos: "ese queso nos comeremos al último cuando ya no nos quede nada de comida." Son unos recuerdos tan agradables. Algunas lo recuerdan con horror, les parecía la salvajada mayor. Sí había cosas malas, pero había que tomarles como venían. Con las monjas teníamos una diferencia de 40, 50 años, teníamos que tomar como chiste las exageraciones de ellas. El martes nos tocaba arroz de cebada; yo le pasaba a mi amiga de al lado.

En silencio recuerdo con desagrado ese plato que en el internado y en la casa paterna tocaba los lunes.

—Nos dejaban salir el domingo sólo si teníamos muy buenas notas. Nos iban a sacar y cuando no salíamos iban los papás de visita. Carnaval, ¿a qué guagua no le gustaba el Carnaval? —no podíamos jugar; a la que jugaba se le castigaba. Nos echábamos el agua con disimulo, por la espalda, la que recibía no podía decir ni pío.

La vida cotidiana en la ciudad de la infancia

—Cuando era niña Quito terminaba en La Alameda, en la Esquina de la Virgen. Unos tíos tenían una casa en la Santiago que para mí era el fin del mundo. Mi tío decía que al Parque de Mayo iban a cazar conejos. Mi mamá contaba que pasaban vacaciones en El Batán, ahí era la hacienda y ahí se acababa todo. Cuando yo estaba interna, la calle Rumipamba donde estaba el colegio quedaba lejísimos.

—¿Recuerda el Pasaje Royal?

—Sí, claro, tenía un graderío eterno que comenzaba en la Venezuela y acaba en la García Moreno, adentro estaban los almacenes, había el Pasaje Tobar que también tenía gradas, era más pequeño y quedaba en la Guayaquil y Sucre, y había el Pasaje Miranda hecho en el gran desnivel de la Guayaquil y la Vargas, era el que nosotras cogíamos para ir y volver del Colegio. Tenía una prima que era lo más lindo del mundo, lo más simpático, lo más ocurrido, la Magdalena Romero, ella metía el humor en mi casa, fue una de las primeras mujeres que montaron moto en Quito. Ella vivía en la Plaza del Teatro y junto con mis hermanos un día se subieron al techo de esa casa que era de dos pisos, hicieron estallar una gran cantidad de torpedos

y tiraron desde allí los cohetes. Como en Quito había bullas cada rato, la gente que pasaba por la Plaza decía: "¡Qué horror! las balas otra vez". Como la Magdalena no tenía hermanos, les invitaba a mis hermanos y juntos hacían las travesuras. Se pasaban al techo del hotel que funcionaba en la esquina de la Manabí y Guayaquil y que creo se llamaba "Pacífico" y desde allí espiaban a los pasajeros. En Carnaval, la gente empezaba a salir a eso de las seis y media de la tarde para que no les mojen. Pues la Magdalena se cogía las mantillas de la mamá, en se tiempo todas entrábamos con mantilla a la iglesia...

Interrumpo un segundo para decirle que cuando yo era niña también debíamos entrar con mantilla a la iglesia, no podíamos entrar con la cabeza descubierta.

—Pues la Magdalena ponía la *machica* dentro de la mantilla y desde el balcón de su casa que daba a la Plaza del Teatro sacudía la *machica* sobre la gente que pasaba por abajo. A la gente le caía a esa hora la *machica*. Éramos muy traviosos. Cuando yo era muy chica me acuerdo que mis papás hacían fiestas en la casa, en ese tiempo en las casas había la paraguera, pero cuando se llenaba de sombreros y abrigos, las visitas los ponían en la cama. Mis hermanos tomaban vuelo y se tiraban encima de todos los sombreros, eran tremendos.

Noviazgo y casamiento de telenovela

—Cuénteme de su noviazgo, ¿dónde conoció a su marido? ¿cómo fue el enamoramiento?

—Cuando mi papá se jubiló y dejó la empresa eléctrica, a mi mamá se le ocurrió comprar una hacienda en Otavalo para que trabajaran mis hermanos Marcos y Guillermo, Norman era todavía muchacho, —dice dirigiendo la mirada hacia donde está sentado su sobrino. Mi papá sufría de eso que llamaban palpitaciones, le venían cuando comía algo pesado, él sufría del corazón y dijeron que le convenía vivir en Ibarra. Mamá compró la hacienda, la familia se fue a vivir en Ibarra y quisieron llevarme allá, entonces yo hablé con la monja ecónoma del Rumipamba y le dije que no me quería ir a Ibarra, que quería acabar el colegio, que me recibieran en el internado y que después mis papás pagarían la pensión. Me aceptó, cogí mi maleta y me fui otra vez al internado.

—¿Qué dijeron sus papás? —pregunto intrigada de que ella hubiera logrado tomar una decisión tan autónoma en esa época, además considerando lo estrictos que fueron sus papás.

—No dijeron nada. Cuando salí a vacaciones me fui a Ibarra y allí le conocí a Ernesto. En ese tiempo ya no estaban mis hermanas mayores, que eran las que nos cuidaban. Mi hermana Elsie ya se había casado y vivía en Guayaquil, donde nació Pedro Jorge. Yo me casé en 1946 y el Pedrito creo que es del 44.

Se hace un silencio, intuitivamente no lo rompo, espero. Berthita se va hacia adentro y desde allí retoma la narración, percibo un sutil cambio en su tono de voz.

—A mi no me dejaron casar, yo me salí para casarme, fue un escándalo. Y calla nuevamente.

—Ya estábamos de enamorados unos seis meses y mi mamá, para que no me case con el Ernesto, arrendó una casa en Salinas para llevarme allá. Yo me enteré de casualidad pues lo habían mantenido en secreto mis hermanas mayores y mamá. ¿Cómo me entero? Mi hermana Georgina estuvo de visita en Quito, se puso un abrigo mío y se olvidó una carta en el bolsillo. Cuando yo me pongo mi abrigo me entero por la carta de que nos íbamos en tal fecha. El Ernesto también había llegado a saber, no sé cómo, y se vino a Quito a hablar conmigo. "Si aquí no nos dejan ver, cómo será en Salinas."

—Entonces él no entraba a su casa, —comento porque no me quiero perder ni un solo detalle de esta historia de amor. Además de mi vena romántica, la historia de Berthita me recuerda las "huidas" de las parejas jóvenes en Manta, plato frecuente cuando niña y adolescente. Esta era la forma de desacatar la autoridad paterna, puesto que una vez que habían tenido relaciones sexuales, la honra de la familia de la novia estaba en juego y al patriarca no le quedaba otra salida que legalizar la unión. Había una discreta ceremonia cuando la pareja regresaba, al cabo de unos días, al hogar paterno, si es que hermanos y padre no los encontraban antes y los traían de vuelta.

—Entraba hasta que mi mamá supo que era mi enamorado y prohibió su entrada. Mamá era drástica, muy celosa de sus hijas, sólo le permitió entrar al Pedro Manuel, su yerno preferido, marido de mi hermana Elsie, la primera que se casó.

Luego de este breve paréntesis continua contándonos "la gran escapada".

—El Ernesto me dijo: "o no nos vemos más o nos casamos". Y yo le dije: "nos casamos". Comenzamos a planear la salida, no quería que nadie de mi familia supiera lo que estábamos planeando porque pensaba que la venganza de mi mamá iba a ser tremenda. Por eso no conté a nadie que me iba a huir.

Por segunda ocasión sale a relucir la firme personalidad de Berthita y su capacidad para tomar decisiones, desde muy joven, sin darse muchas vueltas.

—Usted estaba enamoradísima, —comento completamente atrapada en su narración y recibo una respuesta muy suya.

—Tenía mi criterio propio, me importaba un pepino lo que pensarán en mi casa y me dolían las constantes amenazas de mi mamá. Papá me decía: "*Baby*, tenle paciencia a tu mamá". Yo le respondía: "¡Hasta cuándo papá!" "Ya vara ver mi *Baby* que Elisa va a cambiar, a mí sí me gusta Ernesto, pero quiero para usted un matrimonio con el que he soñado siempre". Me amaba mi papá, me sentaba al lado de él y decía que viéndome comer le daba apetito. Mi gran dilema era que mi papá, que era enfermo del corazón, podía morir con la impresión de mi huida. Teníamos a las dos familias en contra porque el papá de Ernesto se había enterado de que mi familia no quería que me casara con su hijo y sintió eso como una afrenta a su familia. El Ernesto debe haber sido un buen partido para las familias de Ibarra, aunque también tenía fama de haber dejado a varias novias plantadas. Una mañana le dije al Ernesto que me esperara en el parque que quedaba cerca de la casa de mi tía, que ahí nos encontraríamos a las ocho de la mañana. A mi prima y a mi tía les dije que me iba a reunir con el Ernesto para decirle que todo se acababa, porque ni siquiera me dejaban acercarme al teléfono. La más estricta era mi hermana Georgina. Salí con la Magdalena y su hija de cuatro años, Ernesto estaba esperándome, no se imaginó que iba a llegar acompañada. La Magdalena le dijo: "permítame unas palabras, cierto es que mi tía Elisa es un poco brava, ya ha de cambiar con el tiempo, no tomen ninguna decisión, hay que darle tiempo a la tía Elisa para que cambie", y se fue. El Ernesto me dice: ¿"y ahora qué hacemos"? "Irnos pues", le dije.

—Y usted se fue solo con lo que estaba puesta. No obtengo respuesta.

—El Ernesto estaba con dos primos y un amigo en el auto. Ellos venían al rapto pero no fue rapto porque me fui por mi propia voluntad. En Otón fue el cambio de aros. Cuando pasamos por Cayambe me tapé con un periódico por si acaso mi hermano Marcos, que vivía ahí, estuviera en la plaza y me viera. Pasamos Ibarra no por el centro sino por atrás, pues ahí vivían

mis papás y mis otros hermanos. Un primo del Ernesto se quedó en Ibarra sacando las dispensas del Obispo para que el Ernesto se pudiera casar por la Iglesia. No llegamos directamente a la hacienda del Ernesto sino al registro civil del pueblo para casarnos el civil. Como en ese tiempo no teníamos cédula de identidad, los testigos fueron amigos del Ernesto, juraron que yo era mayor de edad, es decir que tenía 21 años, cuando lo que tenía eran 19. Faltaba que llegara el Eduardo con las dispensas del Obispo de Ibarra y no llegaba y no llegaba. El Ernesto le dio las llaves al hermano de la muchacha para que se adelantara a *Ingiueza*, así se llama la hacienda, y prepararan la comida. Llegamos a la hacienda a las siete de la noche, hasta esa hora no habíamos comido nada y todavía había que esperar, en ese frío, que las cocineras de la hacienda prepararan la comida. El cura no llegaba. Lo que había pasado es que el Eduardo se encontró con mi hermano en las gradas de la catedral y no se animó a pedirle al cura que viniera porque se imaginó que ya toda mi familia sabía. En Quito recién se enteraron al medio día cuando no llegué al almuerzo, cuando le llamaron a papá yo ya estaba casada civilmente. En la hacienda ya corría la voz de que el patrón se casaba. Las profesoras habían arreglado un lindo oratorio con flores, llegaron los amigos del Ernesto y tres curas, nos casaron tres porque ninguno se atrevió a hacerlo solo. Los tres curas comieron con nosotros. ¡Que les digo las bromas que soltaban!

Con esta picardía ella nos saca del embelezo y todos reímos.

—Tuve que ir a comprar ropa en Ipiales, todos se enojaron conmigo, papá, mamá, hermanos, hermanas, era la deshonra de la familia. Al cabo de un año me escribió mi papá, él fue el primero que me escribió, para que vean lo noble que fue. En su carta me decía que le daba pena que mi matrimonio no hubiera sido lo que él siempre soñó que fuera, pero que para él yo seguía siendo siempre su hija.

Se emociona tanto con el recuerdo que los ojos se le llenan de lágrimas y en medio de los suspiros agrega:

—Mi mamá fue la de los resentimientos, ella era la dura. Me fui a Salinas a los tres años de casada cuando nació la Consuelo, mi segunda hija, pero no estuvo mi mamá. Ernesto me llevó a visitarles. Él también fue muy noble y no les guardó resentimientos.

—Cómo no soñarla vestida de novia con lo linda que usted debe haber sido, —le digo imaginando lo que ese rostro, aún hermoso, debe haber sido a los 19 años.

—No me gustan las fiestas ni soy novelera, nunca me importó la ropa, ni las joyas, mi marido era el que me empujaba a comprarme ropa, nunca por mi propia iniciativa fui a un almacén a comprar para que pague mi marido. Jamás.

—Y siendo usted tan bonita es raro que no haya sido vanidosa, —insisto.

—Ahora para disimular tanta vejez me pongo algo de oro, —me dice tocándose el cuello y sonriendo.

Norman se levanta del sillón y a los pocos minutos llega con un marco antiguo de plata donde está la foto en blanco y negro de Berthita a los 30 años. Ver esta foto en medio del ambiente de los años 40 creado por la narración trajo inmediatamente a mi memoria a la Scarlett O'Hara de *Lo que el viento se llevó*. Norman aprovecha este receso para despedirse no sin antes decirnos que es la primera vez que él y su hijo han escuchado las historias que en esta tarde ha contado la tía.

La llegada de las hijas

—Me casé muchachita, fui a la hacienda y ahí me quedé siete años. Al principio comía la comida que nos daba la señora Josefa, la cocinera de años, era *pastusa* y tenía su hablado especial. Muy de repente iba a cocinar. Poco a poco me fui metiendo a la cocina, le decía a la señora Josefa: "Hagamos esto que sé que se hace así". Venía a Quito un mes antes de dar a luz y me iba un mes después. El viaje duraba seis horas y media en carro, con guagua tierno el viaje era grave. La familia de Ernesto, los Terán, tenían una casa muy bonita en Ibarra, de esas de patio con jardín en la mitad, estilo español. Pero, claro, el gran trabajo para mí era que la casa no estaba habitada, había camas donde dormir pero había que llevar todo. Felizmente en esa época había un muy buen servicio doméstico. Estos viajes hacía cada año y medio que tenía otro guagua. Tuve seis hijos, las cuatro primeras fueron mujeres y los dos últimos varones. Entre el quinto y el sexto hay una diferencia de siete años. Llegué a viajar a la hacienda hasta con cinco guaguas. Calentaba las mamaderas en Cayambe, en reverbero de gasolina. Las carreteras eran pésimas, había mucho polvo, viajábamos con los vidrios cerrados, los guaguas se mareaban, se quejaban: "Ya nos ahogamos, abran los vidrios". Éramos valientes las mujeres de antes. Ahora como trabajan ya no se van

con los maridos a las haciendas, ellos se van solos al campo, ya no hay quien les acompañe.

— Qué suerte la suya haber tenido hijas e hijos —le digo y le cuento que yo sólo tengo hijos y sólo tengo nietos.

—En mi familia hay más mujeres que hombres, tengo 12 nietos y siete bisnietos, cinco mujeres y dos varones, mi bisnieta mayor tiene nueve años y el último tiene mes y medio. Las hijas son las pegadas a la mamá. Indudablemente, una no recurre a las nueras con la confianza que recurre a las hijas. Al lado vive una sobrina de mi marido, que tiene dos hijos. Cuando van a la playa, generalmente en familia y van también mis dos nietas, las que tienen unos 17 años, ella me dice: "Qué pena no haber tenido hijas porque con ellas hago los programas en la playa, vamos a caminar, hacemos cosas, mientras los varoncitos cogen el camino y se van por su lado".

Continúa su narración sobre esa fértil maternidad.

—Daba a luz en Quito. Mi primera hija nació en la clínica Ayora, yo no sabía ni cómo nacían. Las otras tuve en la casa y el último como ya no atendían los médicos en la casa, fui a la maternidad cuando había la pensión. Llegué muy preocupada porque me dio rubéola cuando tenía cuatro meses de embarazo; los cinco meses siguientes pasé haciendo solitarios con una baraja: ¿nacerá bien, nacerá mal? Mis sobrinas, Alicia y Silvia Terán, que siempre pasaban las vacaciones con mis hijas en la hacienda decían: "qué chancha la tía, ahora sí que no sirve ni para organizar un paseo, una caminata, nada". Pensar en el momento de dar a luz era un tormento. A mi hermana Georgina, que siempre me acompañaba en los partos le dije: "si me pasa algo en el momento de dar a luz a la única parte que no quiero que me lleven es a la maternidad" porque uno o dos años antes le habían dado a una señora ese "Trilene" y murió. Pero el médico que me atendía, Alfredo Jijón, el momento que se acercaba el parto no pudo moverse de la maternidad porque estaba atendiendo a una primeriza, así que tuve que dar a luz en la maternidad. Yo envolvía con pañales a las tres hijas al mismo tiempo, fueron muy seguiditas, al año dos meses de la primera tuve la segunda, al año cuatro meses, la tercera. No les alargó el cuento, cuando la mayor tenía seis años yo tenía el quinto hijo.

El jardín se fue cubriendo de ese dorado que anuncia la caída del día, Berthita nos ofreció unas deliciosas galletas de nuez hechas por ella, que se

deshacían en la boca; elogiamos sus habilidades culinarias, charlamos un rato más y nos despedimos. Volví a los siete meses, luego de que se había recuperado de su operación de cataratas y de una bronquitis. Esta vez llegué sola y en la mañana, me llevó hasta el *porch* para mostrarme el jardín, un perro manso, viejo y hospitalario me rodeó las piernas. Luego de conversar sobre plantas, flores, pájaros y perros nos instalamos nuevamente en su sala. Le pedí que me hablara de su afición a la cocina.

De mi mamá heredé la afición por la cocina

—De chica en mi casa, mamá nos hacía entrar a la cocina a ayudar apenas llegábamos de Los Corazones. Salíamos a las 11:00, llegábamos a las 11:30 y almorzábamos a las 12:00. Esa era la hora de ayudar a la mamá en la cocina, por la golosina de ver qué habían hecho para el almuerzo. Ella nos enseñaba con santa paciencia a repulgar las empanadas de viento; veíamos cómo preparaba los platos. Cuando teníamos vacación en el Colegio, como me gustaba la cocina, entraba a ayudarle. De ahí vino mi afición. Mi mamá fue una persona muy casera, muy hábil para la cocina, le gustaba, como a mí, mucho, siempre estaba haciendo sus platos especiales que ahora nadie hace. Teníamos tres empleadas pero mamá no sólo disponía cada día las comidas a la cocinera, no sólo dirigía, sino que ella misma hacía cosas, personalmente, los *queiques*, por ejemplo, desde que abrimos los ojos nos pusieron a ayudar a batir a mano todo. Mamá tenía la idea de que cocinar era parte de la vida, nos hacía ayudar por eso aprendimos. Todo lo que aprendí de mamá fue cuando era chica, no fue mucho tiempo porque de los 12 a los 18 años estuve interna y a los 19 me casé.

—¿Qué platos recuerda que le gustaba preparar cuando era chica?

—Me encantaba hacer las empanadas de viento. ¡Cómo noto la diferencia entre la preparación de mi mamá y la de ahora! En esa época cocinaban sólo con manteca de chanco. La receta de mi mamá tenía harina, manteca de chanco, un poco de agua tibia o un caldo de pollo o de carne y un poco de sal, la masa se estiraba fácilmente. Las empanadas de dulce se rellenaban con *mejido*, no sé cómo lo llamen ahora; se ponía a hervir el huevo batido con azúcar y ahí se desmenuzaba el queso, cuando llegaba hasta cierto punto se lo dejaba enfriar, ese era el condumio para las

empanadas de dulce. Las de sal iban con un refrito de queso desmenuzado y orégano. Ahora las empanadas no tienen sino queso, no tienen sabor. Todo se freía en manteca de chanco. Después vino el aceite; a mamá le aterraba porque los aceites de ese tiempo eran casi como aceite de auto, manchaban las cocinas, las paredes se ponían negras, no eran como los ahora que son clarísimos, como el *light* que es bien filtrado. Mamá seguía usando manteca de chanco y después usó la vegetal, no se acostumbró a los aceites. Otro plato que me encantaba de niña era el seco de chivo, no lo hacían con cerveza, como ahora, sino con una chicha que vendían en el mercado, la *chicha de jora*.

—¿Tenía su mamá un libro de recetas? —le pregunto pues hasta donde conozco de mi familia y de otras, era muy usual que las buenas cocineras de ese tiempo tuvieran uno.

—Mamá tenía sus libros de cocina, ella experimentaba, hacía las cosas y cualquier novedad anotaba; tenía sus recetas, pero no las he guardado. Lo que sí tengo son las recetas de mi suegra, ella usaba cantidades de huevos, mamá no usaba tantos. Yo he ido recopilando mis propias recetas, tengo un cuaderno, pero no muy ordenado, mis hijas me dicen: "mamá no tengas por aquí y por acá tus recetas". Hago las tortillas de maíz, las bonitísimas, con una receta muy especial de mi mamá, también tengo de ella las de los quimbolitos, de los tamales de papa, todos esos platos tradicionales, el rosero que es de mucha paciencia.

—¿Son recetas secretas?

—No, no, no, yo no soy de secretos, eso del secreto me parece horrible, si la gente puede aprender, ¡mejor! Yo he dado algunos cursos entre las amigas, clases de cocina. Mamá era muy hábil para preparar las mermeladas, hacía una mermelada muy rica de naranja, hacía el mondongo de dos o tres patas y sacaba la gelatina. En Navidad preparábamos los buñuelos y los pristiños con la misma masa de las empanadas, yo sigo haciendo los pristiños con la masa de mi mamá, poníamos miel de mango porque era tiempo de mangos, o si no piña picada. Mamá hacía unos pavos rellenos deliciosos y mi papá era habilísimo para hacer las rajitas del pavo, él cortaba el pavo, hacían la col morada y una mermelada especial para el pavo. En Semana Santa hacían la fanesca y el arroz con leche.

—Entonces su papá sí ponía parte de sus tradiciones, porque la mermelada para acompañar al pavo es una tradición anglosajona, —comento recordando mis experiencias de niña cuando iba a comer en la casas de mis

amiguitas alemanas en Manta. Allí es donde probé la col morada, el mazapán, los pasteles negros y pavos de otros sabores.

—Mis tías de Inglaterra mandaban muchas cosas, por ejemplo los chocolates y las deliciosas galletas inglesas.

La cacería, *Doña Petrona* y la máquina de coser *Singer*

—Lo cierto es que en la hacienda puse en práctica lo que aprendí de mi mamá y no solo eso, también aprendí la cacería, mi marido me enseñó a disparar, yo tenía muy buena puntería y bajaba tórtolas con bala U. Después tuve escopeta y entonces llevaba más caza a la hacienda. Preparábamos las tórtolas consultando en *Doña Petrona*. Apenas me casé Ernesto me compró *El Libro de Doña Petrona*. Ese fue mi comienzo. Recuerdo que me compró ese libro y una máquina de coser *Singer* de pedal, porque el otro hobby mío ha sido la costura.

En cuanto escucho mencionar a *Doña Petrona*, retorna a mi memoria ese libro grueso de pasta verde que mi mamá, una eximia cocinera de quien no heredé ese arte, usaba con mucha frecuencia. Le cuento lo que estoy recordando y también lo que de ese libro comenta Bauer.¹⁸ Ella me escucha, arquea levemente las cejas y continúa rememorando.

—Salía a cazar tórtolas a la hora que dormían en los árboles, más o menos a las cinco o seis. Los platos que más me gustaba preparar eran las bonitísimas. Las servíamos con una pierna de chanco muy bien adobada hecha en el horno de leña de la hacienda. Con eso teníamos para algunos días de carne porque en la hacienda era difícil conseguirla, había que ir hasta Ibarra y hacíamos dos horas y media, así que hacer compras tampoco era fácil, debíamos ir bien aperados a la hacienda. Cuando se mataba un chanco se ocupaba todo, lo que más me gustaba eran las morcillas, aunque prepararlas era complicado. Mi suegra contaba que le bajaban, a caballo, un chanco desde *Ingüeza* hasta Ibarra tapado con unas hierbas especiales y durante la noche para que no recibiera sol. Cuando recién me casé no había refrigeradora, pero como el clima era frío y la despensa bien aireada, las ventanas no tenían vidrios solo malla de alambre, los alimentos

¹⁸ Ver nota 16.

se conservaban bien. Cuando bajaba la temperatura la papaya amanecía con hielo encima.

—¡Tanto frío hacia en *Ingüeza*! —comento sorprendida, porque para que se congelen los alimentos la temperatura debe estar alrededor de los 0 grados centígrados.

—En ocasiones, cuando había helado en la mañana, el agua alrededor del regador se congelaba formando una telaraña. La hacienda estaba a 3.200 msnm, hacía mucho frío, pero era una tierra linda, generosa, una tierra negra con una capa orgánica de más de un metro. Solo después de cavar más de un metro asomaba la tierra de *cangabua*. Antes de morir, mi marido hizo lotes y les sorteó a mis hijos, eso sí, incluyó una cláusula especificando que mientras yo viva me corresponde lo que produce la hacienda.

Le pregunto si fue muy fuerte el cambio entre la vida en Quito y la vida en *Ingüeza* y le pido que me cuente sobre los años que vivió en la hacienda.

—Cuando llegué a la hacienda no había luz eléctrica. Como no había donde comprar pan obligadamente había que amasar pan todas las semanas. En el pueblo vendían unos panes hechos con harina de maíz y panela, que le llamaban "delicados", eran tan delicados que podías darle con un martillo y no se rompían, el sabor era rico pero de delicados no tenían nada. No me gustaba la amasada de pan en la hacienda porque se demoraban mucho. La víspera ponían, en unas ollas enormes, la levadura, que no se de qué la harían; cuando se regaba esa olla, al día siguiente, comenzaba la amasada, se hacía pan para los de la cocina y pan para los de la mesa, el de la mesa era puro huevo y el de la cocina tenía menos huevos. El día del amasijo venía una carga especial de mulas con la leña para el horno, porque cocinábamos con leña, traían la leña para la semana, pero cuando tocaba hacer el pan traían una carga más. Prendían el horno al medio día y, en ese frío de *Ingüeza*, a veces era las 9:00, las 10:00 de la noche y el pan no salía. Esperar tanto me molestaba y me preguntaba: "¿por qué no comienzan más temprano si saben lo que demora"?

—Como mi marido era muy amante de la cacería de venado, yo aprendí a preparar el venado usando el libro de *Doña Petrona*; había tan poca carne que el venado se repartía entre los sirvientes que habían ayudado a cazarlo y que tenían una gran afición por la cacería. Ernesto montaba mucho a caballo, se recorría toda la hacienda a caballo. Tenía la costumbre de reunir al mayordomo, al escribiente, al mayordomo de quesera, al ayudante y

a las 5:30 les pedía el Parte, es decir un informe diario sobre el potrero en el cual estaba la vaconada, la boyada, los novillos, las vacas paridas, los terneros nacidos. Entonces ordenaba los cambios de un potrero a otro. En ese momento los sirvientes le decían: "patrón, hay un venado en el páramo de no se cuántas puntas (los cachos)". El Ernesto les decía: "bueno, el sábado nos vamos de cacería". A mí me tocaba entrar a la cocina a hacer el avío, que consistía en un pollo asado, papas cocinadas y otras cosas que podían llevar. Cuando cazaban venado traían a la casa las piernas y el lomo, para Ernesto, la cabeza perfecta. Ahí tengo dos embalsamadas. En la hacienda tengo muchas. Lo demás se repartía entre los sirvientes. A la cacería se iban de madrugada y regresaban a la noche, tenían los perros de la cacería que eran ladrones como pocos. A Ernesto también le gustaban los toros, tenía ganado bravo en el páramo. Sábado y domingo iban los amigos de Quito a torear. Entonces me tocaba atenderles, pero no era muy pesado porque había bastantes sirvientas.

Aprovechando que vuelve a tocar el tema del servicio doméstico, le pregunto si ha tenido alguna señora que haya trabajado con ella muchos años.

—Antes las sirvientas duraban ocho, diez años. Yo, por ejemplo, tuve una empleada 32 años. Se llamaba Inés Mites. Mis hijas le decían "la yaya". Ella entró de 16 años a lavar pañales en *Ingüeza*, porque entonces no había desechables. Era alegre y responsable, así que se quedó de niñera y llegó a atender hasta a mi nieto mayor. Entonces en vez de ir la abuela iba la Yayita, porque ahora las pobres abuelas son las que tienen que cuidar a los nietos. Ella fue una mujer muy hábil y muy fiel, murió hace nueve años, tendría unos 60 años, porque era menor a mí con nueve años.

—Cuénteme de su otro hobby, la costura, —le pido y aprovecho para añadir que yo fui costurera y que ahora soy tejedora.

—Me gustaba mucho coser. Cuando recién me casé no habían las revistas *Burda* que venían con los patrones para sacar, compraba los patrones *Mac Call* que vendían donde Max Muller, venían en esos papelitos finos, llevaba los patrones a la hacienda y también las telas, y siguiendo las indicaciones hacía la ropa de mis hijas. Después ya vinieron los patrones en la revista alemana *Burda*.

—Yo les cosía toda la ropa a mis hijos cuando eran niños y me cosía para mí, —le comento. Soy de la época de la *Burda*. A coser con patrones aprendí de mi mamá y de mis tías; ellas usaban los patrones *Vogue* para hacer su ropa, los pedían por correo a Estados Unidos.

—Yo sólo les cosía a mis hijas, le hice el vestido de novia a la última que se casó. Me encantaba coser esa ropa fina, delicada. Pero no solo eso. Mi marido tenía una cosechadora de trigo que funcionaba con unas lonas por donde pasaba el trigo, cuando se rompían, él me pedía que les cosiera. Mi pobre máquina *Singer* aguantaba coser esas lonas que eran bien gruesas. Todavía le tengo a esa máquina, era de pie, porque cuando me regaló mi marido todavía no había electricidad en la hacienda. Después le instalé un motor eléctrico.

Una hacienda que fue triguera

—¿Cuál era la principal producción de la hacienda?

—Nuestra hacienda era triguera. Se da un trigo de tan buena calidad, tan famoso que el INIAP iba a hacer pruebas en la hacienda con las diferentes variedades de trigo. Poco tiempo después de que nos casamos nos dividimos la hacienda. Qué grande habrá sido que a cada uno de los siete hermanos nos tocó 300 o 400 hectáreas laborables, más el páramo que era indiviso: la hacienda era un continente. Entonces Ernesto construyó la casa chica donde vivimos y compró una planta eléctrica y un molino. Para la instalación vinieron de la ETECO, Dimitri Kakababtse y Alfredo Zeller, pues ellos distribuían maquinaria alemana. Aprovecharon la fuerza de la caída de agua de una chorrera para mover la turbina. Así fue como tuvimos luz en la casa de la hacienda y para el molino que producía harina para la venta. Lo que nos fregó fue que a los dos o tres años de haber puesto el molino dejaron instalar en la costa unos molinos con una potencia tan grande que molían 10 veces más quintales diarios de lo que nosotros podíamos moler, y comenzaron a importar trigo. Uno de esos molinos fue el de Illezcas. Ahí nos empezaron a fregar a todos los molineros de la sierra. A nosotros nos convenía pasar la producción del molino a Colombia, pero no siempre se podía y a veces venía harina de Colombia. Nos costaba el flete de la harina hasta Quito, pero en Quito ya no se podía competir con los grandes molinos porque ellos tenían unos silos inmensos que llenaban con trigo importado para la venta. Se fundó, no me acuerdo el nombre, la institución donde debíamos inscribirnos para poder comprar con anticipación. Me acuerdo que cuando mi cuñado Pedro Manuel Maspons estuvo de Ministro de Agricultura, quiso controlar esa importación y no pudo porque de las bodegas del barco pasaban el trigo

directamente a los silos sin pesarlo. La diferencia entre el importado y el nuestro era que el importado tenía gluten que levantaba el pan y el nuestro no. Cuando los panaderos comenzaron a quejarse de que nuestro trigo no alzaba tuvimos que mezclarlo con un 25% del extranjero. Por cada quintal que comprábamos pagábamos impuestos y además el transporte desde Guayaquil hasta Carchi. Fue así como se comenzó a acabar la producción de trigo en las haciendas del norte de la sierra y de todo el Ecuador. Ahora nadie produce trigo, el importado mató la producción nacional.

—¿Qué producen ahora?

—Siembran papas, hay ganado y cultivan flores. Como mis hijas se criaron en la hacienda, les fascina, adoran, la pasión de ellas es la hacienda. Lástima que tienen su trabajo, su profesión, han formados sus hogares en Quito, los hijos son los que ahora van pero solos. Muchos de mis recuerdos están allá en *Ingüeza*. Cuando las guaguas entraron al colegio yo iba en las vacaciones a la hacienda. Inclusive cuando a Ernesto le dieron dos infartos y tuvieron que hacerle una operación de corazón abierto, el último de mis hijos, Álvaro, le acompañaba. Después mi hijo se casó y fue a vivir a la hacienda y yo fui dejando poco a poco de ir para permitir que él hiciera su vida, no interferir. De lo organizadora que fui en la hacienda dejé de intervenir. Yo mandaba todas las semanas las compras de comida, estaba pendiente de las reparaciones de los aparatos eléctricos. Cuando Ernesto necesitaba ya sea el repuesto del tractor, o del molino, o que le hiciera un trámite en el banco, mandaba lo que fuera con un empleado que venía a Quito en bus. Eso tomaba al menos tres días: dos de viaje y uno mientras yo hacía las compras o los trámites.

—En la hacienda quedó una muy buena biblioteca porque mi marido también era muy aficionado a la lectura, la pena que tengo es que ahora ya no puedo leer, después de las dos operaciones de cataratas veo mejor. En la hacienda se quedaron muchos libros y no he regresado allá desde hace 17 años.

Sorprendida nuevamente con esto último que me cuenta, puesto que sus recuerdos, quizás los más fuertes e importantes, los que moldearon parte de sus aficiones y aprendizajes de adulta, giran en torno a su vida en la hacienda, reacciono y le pregunto.

—¿No ha tenido ganas de volver?

Me responde con un breve y rotundo No.

—Yo soy de esas personas que cuando termino algo, termino.

Otras mezclas: la masa de hojaldre y las *Girls Scouts*

—Volvamos a sus afición por la cocina, —le propongo. La ocasión anterior usted nos brindó unas deliciosas galletas de nuez que se derretían en la boca de lo delicada que era la masa y nos dijo que usted las había preparado esa mañana. Hace un momento me dijo que alguna vez dio clases de cocina. Cuénteme cómo aprendió ha preparar esas finuras de pastelería —le pido tratando de conocer más sobre su arte culinario.

—La masa de hojaldre que hago y que les he enseñado a otras personas saqué de *El libro de Doña Petrona*. No tuve a nadie que me enseñe, cogí el libro y me puse a practicar hasta que logré una masa que le encanta a todo el mundo, hasta ahora hago la masa de hojaldre. Con la práctica una ya sabe cuánto de agua añadirle antes de agregar la mantequilla, para que en ese momento ni se apolille ni se reviente. No me cuesta trabajo hacerla. Empecé a dar clases a las compañeras de mis hijas cuando venían a tomar té. Yo les decía: "si quieren les enseño". Hace poco vino a verme una de ellas y me dijo: "Berthita, yo soy la única que hago su masa". Y es que esa masa no se aprende haciéndola una sola vez, es una masa que hay que practicar mucho hasta que salga bien. También vendía la masa y mis mejores clientas eran mis alumnas. Ríe mientras recuerda que cuando venían a comprarle la masa le decían. "Berthita véndame la masa porque no me salió bien la que hice".

De repente aparece un tema insospechado: el negocio con la masa de hojaldre. ¿A quién más vendía la masa? ¿cómo surgió la idea de este negocio? ¿cómo la procesaba para que se conservara? Me surgen desordenadamente una serie de preguntas que se las hago, una tras otra, puesto que para mí, una inútil en la cocina, se me hace cuesta arriba pensar, además, en la cocina como un negocio. Ella va respondiéndolas con esa sencillez propia de la persona que conoce a fondo su oficio.

—Preparaba la masa y hacía paquetitos de distinto peso, de una libra si era para bocaditos chiquitos, de dos libras para algo más grande y de tres libras para un pastel grande. Vendía la masa fresca, las personas venían a recogerla de la casa, también entregaba a La Favorita, pero como en esa época no tenían el tipo de refrigeración de ahora, ni la gente conocía el producto, a los ocho o diez días aparecía moho en la masa porque no se congelaba. Entonces dejé de entregarla para no desprestigiarme. Me dediqué a trabajar bajo pedido. Las señoras me mandaban a hacer pasteles de hojaldre y otras cosas, por ejemplo preparaba una gelatina muy rica, el *Babaroise*. Yo trabajé no porque

me faltara plata sino porque pertenecía al voluntariado. Con el dinero que yo producía cubría los gastos, se necesitaban muchas cosas, sin tener que pedirle a mi marido, era mi voluntariado. Trabajé con las *scouts*, ya son cincuenta años de lo que comencé. Fui dos veces presidenta. Con la Inés Mites, que ya le conté que trabajó conmigo 32 años, hacíamos bocados para matrimonios. Mi marido decía que eso no era negocio porque teníamos la harina gratis, la mantequilla gratis y que así no podíamos calcular cuánto ganábamos. La Inés aprendió conmigo y las dos hacíamos de todo.

Ríe recordando con alegría y nostalgia esa porción de su experiencia, de sus elecciones y de sus afectos.

—Comencé el voluntariado con las *scouts* cuando mis hijas tenían unos 10 u 11 años y estaban en el Rumipamba. Nos llamaron a una reunión en el Colegio a la Matilde Anderson y a mí, porque los comités de padres de familia habían dado nuestros nombres. Empezamos después de que una señora chilena vino a dar una conferencia sobre el *scoutismo*. Yo tenía 30 años, a mis cinco hijos y ya vivía en Quito. Fue así como empezamos lo del *scoutismo*, a mí me encantó, llegué a ser guiadora de las del Rumipamba, mi hija Mónica estaba en mi compañía, salíamos a excursiones, hacíamos mucho servicio comunitario, se les enseñaba a las guaguas a cuidar plantas y animales, se les preparaba para que no dependan, para que puedan valerse por sí mismas y a admirar la obra de Dios en la naturaleza. Es un movimiento formativo, el lema es: "Dios, Patria y Próximo". Tenemos una oración que es una belleza, dice así:

*Señor enséñame a ser generosa, leal,
a servirte como tú lo mereces
a dar sin contar,
a combatir sin pensar en las heridas
y trabajar sin buscar el descanso
sin esperar más recompensa
que la de saber que hago tu santa voluntad*

Se emociona tanto que los ojos se le llenan de lágrimas. Ese es el lema que una se pone en la vida, —añade sollozando y continúa.

—Cuando mis hijas eran chiquitas me decían: "Mamá, esa señora va a pie, pero por favor no se parará a decir, ¿quiere que le lleve?"

Las dos nos reímos y la tensión se afloja.

—Las hijas nos decían “las siempre listas”. Yo tenía una compañía de mayores, porque hay la rama de las chiquititas, las alitas, de seis a nueve años; de nueve a 15 son las intermedias y de 15 a 18 son las guías mayores. Cada grupo tiene un programa diferente. A mis hijas no les gustaba que yo sea instructora porque les quitaba el tiempo que dedicaba a ellas. No les hacía caso. Ahora ya no asisto a las reuniones.

—Hubo una época en la que era presidenta de tres grupos a la vez, no sé cómo me alcanzaba el tiempo: era presidenta de las *scouts*, del comité de padres de familia del Colegio de las guaguas, y de la asociación de ibarreños, el ibarreño era mi marido, pero la que iba a las reuniones era yo.

—A usted le ha gustado liderar iniciativas, organizar el funcionamiento de su hacienda, ha sido una mujer muy activa, muy inquieta intelectualmente, —comento sintiendo el entusiasmo, la fuerza con los que acompaña a sus recuerdos.

—Sí. En el colegio tenía muy buenas calificaciones, tuve varios diplomas de lo que llamaban excelencia, me hubiera gustado estudiar una carrera en la universidad, por ejemplo ingeniería donde hubiera aprendido mecánica, el funcionamiento de los motores. Aunque he sido muy buena para redacción y para matemáticas, también me han gustado, me han fascinado los tornillos. Cuando llevo el carro a la mecánica me quedo observando lo que hacen los mecánicos. Y me muero de iras de ver cómo los guambros de ahora desarman las cosas con tanto descuido. Antes, cuando había tapacubos, al cambiar las llantas se ponían los tornillos en el tapacubos y se sabía cuando se habían colocado todos. Me gustan las tareas donde cuenta el detalle, la precisión, la prevención.

Nuevamente me sorprende con su conocimiento sobre los autos y esta otra afición que, tal como la cacería, han estado asociadas con los gustos y actividades masculinas. Aprovecho para preguntarle a qué edad aprendió a manejar.

—Aprendí a manejar cuando era enamorada de mi marido, pero Ernesto era el que manejaba siempre. Un día me puse a pensar: “si él se enferma en la hacienda quién le saca”. Cuando tuve el quinto hijo di el examen de manejo, porque manejé solo en el momento en que tuve mi *brevet* como en esa época se llamaba. Cuando mis hijas estudiaban en el Rumipamba hacía yo el servicio de medio bus, porque mi hija Mónica se mareaba mucho, era de las primeras que el bus recogía y la última que dejaba y hacían cuatro viajes diarios. En esa época ya había venido a vivir a Quito.

La llegada de los electrodomésticos

—Ya te conté que cuando vivía en la hacienda uno de mis hobbies era la cacería de tórtolas. Me traía las tórtolas y las preparaba en olla de presión. En la hacienda ya tenía olla de presión, también me acuerdo de la primera licuadora. En 1949 se fueron a Pasto el Ernesto con unos amigos que siempre nos visitaban y regresaron cada uno con una licuadora. Eso fue una revolución. Justo después de que hubo luz eléctrica en la hacienda tuve la primera cocina eléctrica, una de marca AEG comprada en ETECO, ese almacén que quedaba en la avenida Patria, en el edificio *Philips* y que traían esas muy buenas cocinas eléctricas. También compré una asistente de cocina, pero esas son buenas para negocio, ahora no le uso, para más de hacer un *queique* cada ocho días, suficiente la batidora eléctrica. Después el Ernesto me compró el horno *Westinghouse* para hornear la masa de hojaldre que es tan delicada. La refrigeradora tuve mucho después de la cocina eléctrica. Como era tan frío no se necesitaba. Cuando venía a Quito llevaba las compras para la semana y se conservaban bien. Si me quedaba con las guaguas, mi empleada iba todos los días al mercado y traía la fruta y la carne fresca. Después tuve refrigeradora.

Del caballo al celular y la Internet

—Los cambios ahora ocurren a una velocidad que una no se imagina. Todo el tiempo que nos tomaba antes comunicarnos mientras que ahora con este Internet es al instante y dicen que pronto nos veremos cuando hablemos por teléfono.

—¿Le impresiona mucho?

—¡Ah pero claro! Es una cosa fantástica y una tiene que amoldarse a todo. El automóvil no es un lujo, es una necesidad, como toda cosa nueva que nos habituamos en la vida, se ha vuelto una necesidad que adquirimos. Me impresiona mucho la gran transformación que ha ocurrido en estos últimos 20 años con los teléfonos celulares. Cuando vivía en la hacienda teníamos que mandar a caballo, a un sirviente al pueblo a que ponga el telegrama en la oficina del telégrafo. El telegrama llegaba a su destinatario a los tres días. Le cuento una anécdota. Mis hermanos Gustavo y Guillermo, que vivían en Guayaquil, habían venido donde mamá a Quito y decidieron ir a

la hacienda a visitarme. Habían puesto un telegrama; el telegrama llegó dos días después de ellos. Ha habido un cambio completo que ha afectado no sólo material sino psíquicamente. Antes los inventos venían poco a poco, el automóvil, la radio, ahora los inventos vienen de un rato al otro y nos vamos acostumbrando tanto que ya no podemos vivir sin refrigeradora, sin televisión sin Internet. Con el avance de las comunicaciones se ha perdido esa tradición de demorarse, por ejemplo, los tres días para las compras, antes todo era lento, ahora todo es tan rápido que se van perdiendo muchas tradiciones.

—Le impresiona mucho la velocidad del cambio, —reitero y aprovecho para preguntarle si maneja la Internet.

—Me meto, hago solitarios, aunque prefiero hacerlos manualmente. Es difícil meterse a Internet. También tengo celular, pero las letras son tan pequeñas en los de ahora que no veo. El primer celular que me regalaron era grande, y ahora este es muy pequeñito, me dice mostrándome el que tiene sobre su regazo. Este no toma fotos, no es tan sofisticado, tengo solo para las llamadas, uso poquísimo, me llaman y yo llamo, le pido a mi chofer que busque en el directorio del celular el número de tal persona, porque poco a poco voy colocando en la memoria los números, y llame, cuando está llamando me pasa el teléfono.

Las chicas de antes y las de ahora

—Las chicas ahora ya no viven completamente sujetas como nos tenían a nosotras. Es un cambio total. Cuando yo era chica y venían visitas a la casa nos obligaban a ponernos alhajas y entrar a saludar. Las visitas nos celebraban un ratito y después mamá decía: "váyanse". Recuerdo que una vez mamá me pegó un buen pellizco y yo dije: "visitas, visitas mi mamá me está pellizcando". Y mamá me dijo: "verás lo que te va a pasar de noche, no". Con mi hermana Lucy nos quedábamos escondidas escuchando porque nos daba mucha curiosidad saber lo que no querían que escucháramos. Un día oímos que decían que la fulanita ha abortado. Eso no podíamos oír hace 70 años.

—Entonces ha habido grandes cambios en la situación de las mujeres.

—Sí, sí, sí. Las señoras antes conocían a sus maridos el día del matrimonio, todo armaban los papás. Mi mamá nació en 1890, para ella todo

era pecado. Recuerdo, cuando era chiquita, que el doctor Baquero, capellán del Colegio Los Corazones, no enseñaba que habían cosas malas que eran pecado, pero no sabíamos cuáles eran esas cosas malas.

Recuerdo que nos habíamos aprendido de memoria todos los letreros de la calle Guayaquil, en el trayecto entre nuestra casa y la plaza de Santo Domingo donde quedaba el Colegio. Además de los letreros mirábamos las fotos de mujeres en terno de baño que eran típicas de los calendarios y eso era lo que nos confesábamos: "Padre acúsome de haber visto cosas malas y haber tenido pensamientos malos". El doctor Baquero no le hablaba a una como a una guagua inocente de siete años, sino con la rigidez de una persona mayor que ya comprende lo que hace. Un día me dijo: "qué te he dicho que digas para que no tengas malos pensamientos". Yo respondí: "María Inmaculada líbrame de todo pecado". "Y por qué no dices". "Pero sí digo" "Ya tienes tu casa en el infierno, lo que te falta es el techo" Yo me decía: "¡Dios mío! qué he hecho." Cuando fui al internado, la confesión era obligatoria, debíamos confesarnos todos los miércoles que llegaba el capellán, un padre Rodríguez, tuviéramos o no qué confesar. Para las monjitas todo era pecado, todo era malos pensamientos. Recuerdo cuando nació mi primer sobrino, Pedro Jorge, yo tenía ya unos 16 años y mi hermana Elsie me encargó que le cambiara de pañal, nunca había cambiado de pañal, y le cambiaba con los ojos cerrados. Ahora, sesenta, setenta años después, todo eso parece increíble.

Y en efecto lo absurdo de la situación nos produce mucha risa y reímos.

Una vejez rodeada de afectos y actividades

—A usted se la siente contenta, tranquila...

—No estoy sola, vivo con Susana, la mayor de mis hijas, que es soltera, con otra hija y con un nieto. Desde hace siete años voy al Club de Jardinería del Valle, también la televisión me quita el tiempo, hay cosas interesantes que me gustan, lo que me choca es tanta propaganda que ponen, juego naipes con un grupo de amigas todos los jueves, éramos 12, dos han muerto ya.

Me asombra la naturalidad con la que lo dice.

—Como nos vemos todo el tiempo no nos damos cuenta del paso de los años, no nos ha llamado la atención el seguir envejeciendo, aunque a la una le duele la rodilla, la otra tiene bastón a mí me molestan las cervicales.

A mis amigas y a mis hijas les digo que tengo mucho ánimo, pero claro, el rato que me paro y quiero dar el paso es cuando ay, ay, me siento limitada.

—Eso dicen que ocurre, que la cabeza está lúcida y el cuerpo ya no acompaña. ¿Qué tal la relación con los bisnietos?

—A mis nietos les crié, tuve fuerzas para cargarles, para jugar con ellos, ya no tengo la agilidad ni las fuerzas que tuve. Los bisnietos son más recelosos, le ven a una vieja, se acercan, me besan pero no puedo hacer con ellos todo lo que hice con mis nietos, lo que hago es contarles cuentos, enseñarles esos lindos cantos de antes que se van olvidando y que cantábamos mientras jugábamos. Los bisnietos están copados con el cariño de las abuelas, de los papás. Es muy lindo verles, cada uno a su modo, a su manera. No se chochea tanto como con los nietos.

—Yo te diría que en mi vida he sido feliz, tuve un hogar inmejorable, tuve nueve hermanos que me dieron una niñez y una juventud alegre, en mi hogar hubo mucho humor, los gringos (los hermanos) eran el entretenimiento de los adultos, eran muy ocurridos, chuscos, así, toda esa rigidez de mis papás se volvía llevadera por el humor y la confianza. En mi matrimonio fui muy, muy feliz, con mi marido hicimos dos viajes a Europa, a Sudamérica, a Norteamérica, a él le gustaba viajar, estoy feliz de los hijos que tengo, me he llevado bien con toda la familia de mi marido.

Desde hace un buen rato escuchándole me he estado preguntando en silencio cuál es el secreto de su tranquilidad, de esa profunda satisfacción que trasmite. De repente me animo a decirle.

—Usted vive contenta porque no ha perdido las ganas de jugar y porque sabe amar: ama a sus hijas, a sus hijos, a sus nietas y nietos, a sus bisnietos, ama la cocina, ama las plantas, los animales. Hablemos de su fe en Dios, —le propongo.

—He estudiado la historia de la religión católica, como ha sido hecha por humanos tiene grandes errores, porque es de los humanos errar. Cuando alguien se siente con poder dicta leyes que no son muy razonables. La iglesia ha tenido sus altos y bajos en el rito, no en la filosofía ni en la profundidad del Dios creador. La forma de llegar a ese Dios es la que falla. Yo voy a misa, un grupo de vecinas nos reunimos todos los lunes a rezar el rosario. Dios es un respaldo para las enfermedades, le pedimos a Dios sanación para personas enfermas.

—Las mujeres de su generación saben rezar y eso les sostiene y les da sosiego.

—Es la confianza en Dios la que me ha dado las fuerzas en los grandes sufrimientos, cuando tuve que viajar a Estados Unidos con mi hija Mónica que tenía destruida la cara por un accidente de auto, cuando viajé acompañando a mi marido a que le hicieran una operación del corazón abierto también en Estados Unidos. En la naturaleza veo la obra de Dios, cuando salgo a caminar me olvido de todo, gozo de los árboles, de las plantas, de los pájaros. Aquí en el jardín hay dos *guirachuros* que se comen las manzanas pero silban, yo les llamo imitando su silbido y enseguida vienen a golpear el vidrio.

La mañana ha transcurrido sin que la sienta, miro el reloj y es casi la una de la tarde, apago la grabadora, recojo la libreta y le digo que hemos terminado, le agradezco, ella se levanta y me acompaña a la salida, me detengo a mirar unas plantas florecidas en los maceteros de la entrada, se inclina, corta unos hijos y me entrega para que siembre en mi casa. Ayer bajé a mirarlos y están comenzando a retoñar.



▲ La familia Wray Arellano. En la primera fila: Hugo, Gustavo, Marcos y Guillermo, hermanos de Bertha. En la segunda fila: Norman, Georgina, Bertha, Lily en brazos de su padre, Norman Wray, su madre, Elisa Arellano, y sus hermanas Lucy y Elsie.

► Primera Comuni3n de Bertha, circa 1935.





▲ La familia Wray en el reservorio de la planta eléctrica Santa Rosa en Sangolquí construida por el padre de Bertha, circa 1926.



▲ Internas del Colegio Rumipamba en la huerta de alfalfa. Desde la izquierda: Bertha, Laurita Fernández-Salvador, Lucía Donoso Dammer y Edit Mora, 1942.





▲ Comedia en el colegio Rumipamba. Bertha está vestida de negro representando a santa Mónica, madre de San Agustín, 1944.

◀ Paseo a la mitad del mundo con la familia Maspons, 1943.



▲ Corrida de toros en la hacienda Ingüeza. Arriba: sirvientes de la hacienda y Perico Rosales. En la segunda fila desde la izquierda: Alfredo Bustamante, Pepe Monje, Pepe Rosales, Bertha, Rubén Jijón, Hipatia Bustamante, Carlos Dammer. En la tercera fila: Nelson Rosales y un amigo mexicano, 1946.

► Bertha con su suegro y otras parientes en la piedra pintada de la hacienda *Ingüeza*.





▲ Bertha a caballo en *Ingüeza*.

► Bertha con su primera hija en su casa de Quito, 1947.







▲ La familia Wray en Salinas, 1949.

◀ Bertha con su primera hija en el patio de la hacienda.





▲ Ernesto Terán, esposo de Bertha, su padre Norman Wray y Bertha, en Salinas, 1951.

◀ La madre de Bertha, Elisa Arellano y el padre de Bertha, Norman Wray, en Salinas, 1950.



▲ Las hermanas Wray. Desde la izquierda: Georgina, Elsie, Bertha, Lucy y Lily, 1952.



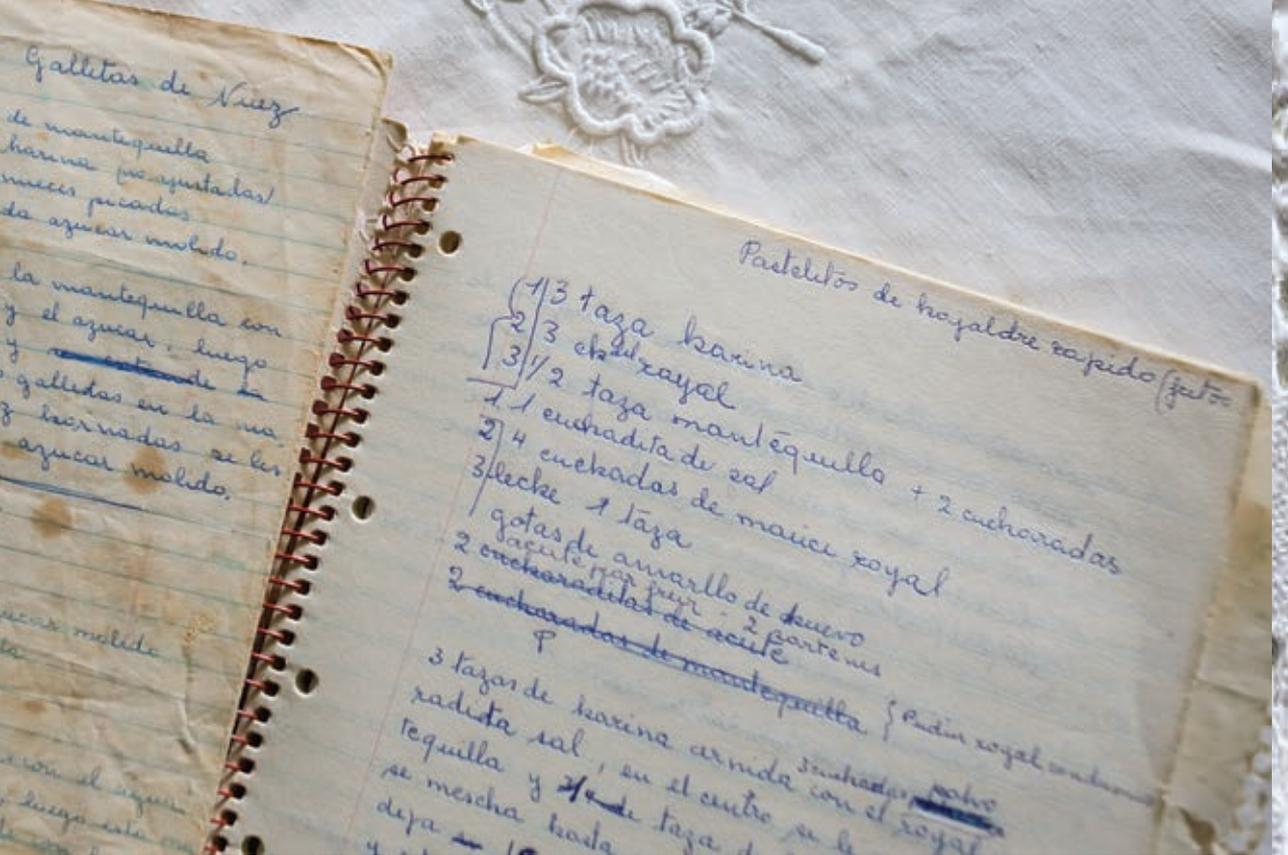
▲ Las hijas y el hijo de Bertha. El último, Álvaro, todavía no nacía.





▲ Las hermanas Wray con su madre, circa 1966. En la primera fila: Elsie, la madre y Bertha.
En la segunda fila: Lily, Lucy y Georgina.

◀ Bertha en la terraza de la casa de la Valdivia en Quito, 1962.



▲ Galletas de nuez y pastelitos de hojaldre. Recetario de cocina de Bertha.

► Receta de galletas rápidas.

DRA. E. DE LEDERER

CIRUJANA DENTISTA

Santiago 135

Teléfono 32421

Horas de consulta: de 8 a 11 a. m. y de 2 a 5 p. m.

Quito, a de de 196.....

Rp.

Galletas rápidas

8 onzas harina

2 cucharas azúcar molido

5 onzas mantequila

2 yemas

1 cucharada roy

mezclar la harina

el azúcar y con cucharillas

cortar y mezclar con la

harina añado las yemas



▲ Durante el seminario realizado en Israel por el Secretariado General de Servicio Voluntario SEGESVOL. La Primer Ministra de Israel, Golda Mayer, saluda con Bertha. Observa la gobernadora de Guatemala, 1972.



▲ Homenaje a Matilde Anderson, Juanita Vaca de Dávila y Bertha, presidentas de las *Girls Scout*, Quito, 1985.





▲ Retrato de Bertha, mayo de 2009.

◀ Las devociones de Bertha, mayo de 2009.



▲ Vista de Quito desde el jardín de la casa de Bertha en Cumbayá, mayo de 2009.



▲ Bertha y María Cúvi en la sala de su casa de Cumbayá, mayo de 2009.



▲ Bertha en su escritorio con María Cuvi, mayo de 2009.

► Retrato de Bertha, mayo de 2009.



